

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del
"CENTRO ESTUDIANTES DE CIENCIAS ECONÓMICAS"

Director:
Dívico Alberto Fürnkorn

Secretario de Redacción:
Roberto E. Garzoni

Administrador:
Luis Podestá

Sub-administrador:

Año VII

Mayo de 1919

Núm. 71

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Ideas y comentarios

El tratado de Paz

Aunque algo decepcionada o cansada la humanidad toda, de tan larga espera, no deja de preocuparse por la interesante cuestión del tratado de paz.

Mucho se ha escrito ya, sobre la consecuencia que su firma acarreará al mundo, siendo cada vez, y a medida que pasa el tiempo, más pesimistas los comentarios. Muy pocos creen hoy en día que la conclusión del tratado — con la adscripta liga de las naciones — signifique el término de toda lucha armada de pueblo a pueblo, y en ese sentido también se van inclinando los espíritus que consideran las situaciones de lo por venir. Comienza a haber pues, en todos los hombres estudiosos, un desdoblamiento de ideas y ya no miran sólo a la reconstrucción de lo destruído, sino que igualmente se principia a pensar en la preparación para futuras emergencias guerreras; lo que es fácilmente demostrable con la sola mención de todos los esfuerzos que cada país hace por conservar la supremacía de las armas y de las situaciones estratégicas militares. Esto, que no parece tener atingencia alguna con los hechos económicos, la tiene a mi modo de ver, y mucha, porque la seguridad o el peligro con respecto a la estabilidad de las relaciones internacionales, puede hacer variar en un todo los métodos a emplearse en la política social y económica de los países. Por lo pronto, hay que anotar un hecho, que estimo fundamental, y que es, que si la inestabilidad pende constantemente como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los pueblos, éstos tienen que desviar su vista del verdadero camino económico en dos sentidos:

1.º Deben pensar en desgastar muchas energías y capitales en construir para la destrucción o sea para la guerra; lo que es un factor negativo para el progreso de las naciones, y

2.º no pueden tener un *criterio económico perfecto*, con relación a la economía universal, puesto que la lucha de fronteras será el prolegómenos de toda nueva guerra y es evidente, que aquélla es, ha sido y será siempre y forzosamente — al desear ser favorable a cada nación en particular — desfavorable a la economía de toda la humanidad. Y como debemos aceptar como axiomático, que sin estabilidad internacional, deberá seguirse la misma política económica que hasta ahora ha sido

la norma de los pueblos; tendremos la misma guerra acañonera, con sus represalias, derechos diferenciales y preferenciales, sistemas restrictivos, etcétera, que si bien parecen favorecer a las naciones que hacen uso de esos medios, no representan para la economía del mundo, sino una fuerza negativa; desde que por conveniencias nacionales, se hacen producir cosas en un determinado país, que podrían ser dadas por otra región en condiciones más fáciles y favorables, de lo cual resultaría un mejor aprovechamiento de las fuerzas naturales del planeta y un ahorro en la labor conjunta internacional.

Si pensamos, entonces, que el actual tratado de paz, nada definitivo soluciona, máxime cuando hay de por medio un pueblo alemán, que está todo lo lejos que se puede estar de resignarse con su desgracia; lo que menos puede creerse es de que de aquí en adelante nazca la armonía económica y que todos los pueblos de la tierra se unirán en un esfuerzo común, *mirando sólo al bienestar humano* y despreciando sus egoístas conveniencias. Hay que estar en la realidad y élla es ésta:

El ser humano es egoísta por instinto y trata de obtener la satisfacción del mayor número de necesidades; pero estas necesidades van *in crescendo*, con la mayor ilustración de las democracias; de ahí, que ese egoísmo parece acrecentarse por la mayor ansia de poseer los medios de satisfacerlas y que la psicología de los pueblos en el futuro se prevea marcadamente caracterizada por la aspiración del ideal económico por sobre los demás ideales. Esto traerá como consecuencia lógica, que dado el estado de ánimo que la supremacía del ideal enunciado crea, sea absolutamente increíble que una guerra pudiera encenderse por una mera cuestión moral, política o filosófica. Pero, entonces, aceptando que la causa tuviera que ser un hecho económico: ¿en qué única forma podría presentarse esa causa? Pues, en la competencia, a veces criminal qué dos naciones empeñan por medio de la política comercial aplicada; o sea por la subsistencia de las fronteras económicas, única traba e impedimento que obstaculizaría de que hubiera una sola y única nación económica en el planeta; perpetuándose en otras relaciones: políticas y morales, la división en las diversas naciones, cada cual con sus instituciones independientes, sus tradiciones y métodos de vida.

De modo que creemos que este tratado de paz que quizá haya sido firmado cuando salgan estas líneas, nada resuelve en definitiva, sino sólo una situación de momento, y en nada difiere de todos los habidos, a excepción de cláusulas un poco más humanas y de criterios un poco más científicos. — D. A. F.

Con rara insistencia, se vienen produciendo de un tiempo a esta parte una serie ininterrumpida de conflictos entre el capital y el trabajo.

Las huelgas

Al principio, como movimientos aislados, con el pedido único de mejoras en las condiciones del trabajo y en la remuneración; se fueron luego ampliando los pliegos de condiciones, en los cuales se incluía ya una nueva aspiración de la clase proletaria, que implicaba un salto demasiado considerable y que era la admisión de delegados, que fiscalizaran y criticaran los actos de los patronos capitalistas. Esta pretensión fué la que rompió el pacifismo de estos últimos — que habían

accedido, puede decirse, a casi todas las otras mejoras pedidas — y organizados también debidamente, han conseguido en el transcurso de estos últimos días romper varias huelgas, por medio del lock-out. Esta es la narración desapasionada de lo sucedido.

Ahora, deduzcamos enseñanzas de estos hechos. En primer lugar debemos manifestar que no creemos en la lucha de clases; no porque no veamos claramente que la situación del obrero y del empleado, sea mala, o pensemos que no existen clases sociales; sino porque nuestro criterio nos dice, que a nada conducen — como lo demostraremos luego — esos movimientos, que a ningún principio económico bien entendido, responden. Comencemos a desmenuzar.

La aversión del trabajo contra el capital, parte del principio falso que sostiene Marx, de que el patrono es el único responsable de la miseria y del vicio actual y que por eso hay que ir contra él, como generador de todos los males. Esto es inexacto y sólo puede afirmarlo quién no tenga suficiente amplitud de mira; lo que sucede con los proletarios, que lo repiten, porque evidentemente, ante sus narices, ellos ven día a día, que es ese patrono quien los hace trabajar a deshoras o los reprende o trata de pagarles menos y entonces, ellos, con el desconocimiento de las leyes o acciones que hayan puesto al patrono en la situación que se encuentra, para poderlos explotar a veces, creen que hay que aplastarlo y exprimirlo, porque así ellos conseguirán su felicidad; felicidad, que no obstante todas las violencias y pliegos de condiciones, jamás ven, ni verán llegar.

Es que, amigos marxistas, no se puede estudiar con profundidad ningún problema, si, precisamente, no se profundiza en el examen de los hechos. No puede caprichosamente romperse la cadena económica y cortando una parte que interesa, desligarla de lo anterior y de lo posterior, que es lo que hacen nuestros "marxófilos". Y digo parte anterior, refiriéndome por supuesto a la producción directa de la naturaleza y a las relaciones de la apropiación individual de la tierra y con la omisión de lo posterior, que señalo, indico el olvido en que echan al consumo y al consumidor. Si con la misma lógica que tienen, completaran sus observaciones, en el sentido que expreso, no dudo que, sinceramente, considerarían la lucha social como una estupidez y se reirían de su empeñamiento de hoy, en querer sacar aceite de las piedras; que no otra cosa es, el desear exprimir de los medios existentes en la industria, la suprema felicidad del pueblo. Esto en otras palabras, se explica así:

Hay un elemento que se llama naturaleza, del que absolutamente todo lo existente ha debido salir y sin el cual elemento, toda vida humana sería imposible. De modo que la riqueza conjunta de los pueblos, resultará más o menos grande, según que esa naturaleza sea en mayor o menor grado aprovechada. Por otra parte, las cosas a las que la industria humana haya dado forma útil — por transporte, desgarrar o aplicación de los medios naturales — estarán limitadas por lo que por la naturaleza se habrá hecho producir, deducido: lo desperdiciado y lo que hubiera sido objeto de consumo. Así, pues, la llave de la abundancia está en la naturaleza y abriendo sus puertas de par en par, a todo esfuerzo que quiera fecundarla, obtendremos un máximo de producción.

Conseguiremos pues así, dar un alimento superabundante a la industria urbana, transformadora; cuya industria habría aprovechado una doble y benéfica consecuencia:

a) el ejército de reserva habría desaparecido, porque la tierra libre, habría llamado a su regazo, a todos aquellos que, teniendo reales ansias de trabajo, no buscaran sino la ocasión de aplicar sus actividades en forma útil y provechosa, y

b) los trabajadores restantes, exentos de la competencia, amenaza o gravitación, que el ejército de reserva significaba para ellos y por otro lado, favorecidos por la entrada abundante de materias provenientes de la tierra, olvidarían *la necesidad* de los pliegos de condiciones, de estas luchas morales, que dejan el agrio en los perdedores, la soberbia en quien vence, el odio en todos y la felicidad verdadera para nadie; desde que, no sólo los estudiosos, sino hasta los niños, se han dado cuenta de que, en el mejor de los casos, el buen resultado de una huelga, no representa sino un cambio de valores: antes recibía 2 de salario, y el pan costaba 1; ahora recibe 4 de salario y el pan cuesta 2.

Si fuera tan exacta la relación, mayormente no se perdería; pero desgraciadamente está visto, que cuando gane 4, no sólo abonará 2, sino quizá 2 $\frac{1}{4}$ o 2 $\frac{1}{2}$. Y esto, por dos razones muy sencillas: 1.º porque hay un mundo de especuladores, que aprovechan estas ocasiones; y 2.º porque sufre el nuevo precio: el peso de la amortización de lo perdido o no fabricado en la huelga o de la menor productividad del obrero. Esta última, sólo en estos años comienza a ser un hecho, porque hasta un determinado límite psicológico, el obrero se ha dejado influir por la mejor condición, en el trabajo, rindiendo más, en menos horas.

Resumiendo pues, hemos dejado dicho: que la huelga es mala para el obrero y mala para la sociedad toda, porque ni aumenta la riqueza colectiva, ni la particular; que, por otra parte, el marxismo al definir la lucha de clases, se ha olvidado del principio y del final de la evolución económica de los bienes y no ha examinado toda la importancia que tienen las relaciones de producción en la naturaleza y su influencia sobre la industria, ni parece calcular la ninguna solución que implica para el bienestar obrero, la lucha de clases. No ha adivinado tampoco, ese marxismo, que la libertad del trabajo no es, ni puede ser mala; pero que existe un factor: *el privilegio de la naturaleza inaprovechada*, que es el único que perturba el buen juego de ese principio. — D. A. F.

Una de las consecuencias beneficiosas, de la guerra 1914-1918, habrá sido la de estimular los gobiernos de los diversos países a preocuparse de realizar reformas de carácter económicas y sociales, con el objeto de mejorar la situación de la clase trabajadora, haciendo lo posible para armonizar el factor trabajo con el factor capital, que son esenciales en todo proceso de producción. Después de considerar los salarios y horarios de trabajo, comienzan a ocuparse del problema de la habitación obrera, con el objeto de que reúna higiene y comodidad, y contribuya al mejoramiento de la condición social de la clase trabajadora.

Es imposible dejar de reconocer la importancia que reviste el pro-

blema de la vivienda obrera. El desarrollo normal, físico y social del hombre exige una habitación sana y cómoda, que asegure tranquilidad y bienestar, y haga desear al obrero su permanencia en el hogar, haciéndolo huir de ciertos centros de reunión que sólo constituyen focos de infección social. A los mismos capitalistas les resulta conveniente asegurar al obrero una vivienda confortable, por cuanto contribuye a su desarrollo físico y social, que facilita el desenvolvimiento de todas las actividades humanas.

El gobierno británico se ha compenetrado de la importancia capital del problema que consideramos y para darle una solución adecuada, M. Addison, presidente de *Local Government Board* anuncia la presentación de varios proyectos de leyes. Además la institución nombrada se halla munida de amplios poderes coercitivos para exigir el cumplimiento de todas las disposiciones que al respecto existen.

Sería de desear que en la Argentina se preocuparan de este problema, tratando de obtener viviendas sanas y cómodas para las poblaciones rurales y urbanas, única forma de ejercer una eficaz profilaxis social. — *M. E. G.*

El encarecimiento de los consumos El aumento de los precios de los principales artículos de consumo sigue su curva ascendente sin ninguna clase de interrupción, agravada con el encarecimiento de los alquileres, que causa un déficit notable en los presupuestos familiares, trayendo perturbaciones sociales motivadas por razones económicas, que se traducen en violentos conflictos entre el capital y el trabajo.

Durante la guerra europea, se invocaba esta causa para justificar el aumento de los precios, aún de artículos de producción nacional; hoy, ella ha terminado, sin embargo no sólo no se estabilizan los precios, sino que siguen su curso creciente sin tomar en cuenta la capacidad económica de los consumidores. Frente a la especulación desenfrenada, es necesario oponer fuertes ligas de consumidores.

La acción del gobierno hasta la fecha ha sido débil y sin resultados prácticos. Debería inspirarse en el ejemplo de Francia, cuyas autoridades han establecido en París las célebres *barraques Vilgrain*, donde el Estado vende a los consumidores los artículos de primera necesidad, a precios reducidos que le asegura una ganancia normal, produciendo de inmediato un descenso enorme de los precios. Pero es que, estas instalaciones provisorias están organizadas con método y orden, funcionan todos los días, en cantidades suficientes y en ellas, el público encuentra los artículos que necesita, en buenas condiciones y sin incomodidades. Es de recordar los fracasos de las diversas iniciativas de ventas municipales, provenientes de la falta de organización, defecto muy generalizado en nuestro país. — *M. E. G.*